(5

EL LITERATO POR FUERZA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

Estrenada con extraordinario aplauso en el teatro de Variedades la noche del 3 de Noviembre de 1863.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1863.

BIBLIOTECA NACIONAL

73650

PERSONAJES.	ACTORES.
PETRA.....	STA. DIAZ.
DOÑA CONSUELO.....	SRA. ORGAZ.
DON JUAN.....	SR. MARIO.
ANTONIO.....	SR. PARDIÑAS.
LUCIANO.....	SR. MORALES.
DON MELITON.....	SR. VICO.

Accion en Madrid.—Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á EMILIO MARIO,

EN TESTIMONIO DE SIMPATIA,

El Autor.

Digitized by Google

Digitized by Google

ACTO ÚNICO.

Sala regularmente amueblada. En primer término de la izquierda una mesa de escritorio. Puerta á la derecha y al fondo, y ventana á la izquierda. Sobre las sillas algunas prendas de vestir, entre ellas un frac con botones dorados.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO, sentado á la mesa y contando cuartillas escritas.

Veinticuatro, y veinticinco
cuartillas.—Basta de testo.
Con el sumario y los blancos
llenan el último tercio
de la plana destinada
á mi númen revistero.
No me dirá el director
de *«La Culebra»* que temo
decir verdades.—Mi estilo
es descarnado y enérgico.
Hay de todo en mis revistas,
como en botica.—Misterios
de la régia villa, abusos,
desacatos, atropellos,
modas, bailes, matrimonios
en agraz y otros excesos.

sobre todo juicios críticos;
eso sí—Y ahora recuerdo
que todavia no he dado
cuenta del último estreno.
«El llanto del Cocodrilo,» (Escribiendo.)
drama en tres actos y en verso
que ayer se estrenó en el Príncipe,
es malo, porque no es bueno.
Ahora la firma. Es decir,
el seudónimo—¡Soberbio!
«¡Juan Palomo!»—Á semejanza
de los héroes de otros tiempos
adopto un nombre de guerra
que inmortalice mis hechos.
¡El nombre y el apellido
de mi honrado pupilero!
«¡Juan Palomo!»

ESCENA II.

LUCIANO, D. JUAN.

JUAN. ¡Don Luciano!
LUCIANO. ¿Qué ocurre?
JUAN. Doña Consuelo,
la de siempre, quiere hablar
á usted.
LUCIANO. Que pase al momento.
JUAN. Despues, si usted no se opone,
nuestra cuenta ajustaremos.
LUCIANO. Bien.
JUAN. No porque desconfie,
sino por el buen arreglo,
pues como dice el refran,
cuentas ajustadas, medio
pagadas.
LUCIANO. ¡Sublime adagio!
JUAN. ¿Eh?
LUCIANO. Nada. Vuelva usted luego.

ESCENA III.

LUCIANO.

¡Maldito viejo!—No obstante
yo toda la culpa tengo.
En vez de pagar la casa
suelo gastar mi dinero
en obras, que aun cuando son
muy laudables, no por eso
debo...

ESCENA IV.

DOÑA CONSUELO, LUCIANO.

CONS. Beso á usted la mano.
LUCIANO. Benditos los ojos que...
CONS. Vamos, no me riña usté
sin escucharme, Luciano.
Há tiempo que no he venido
porque está de horrible humor
mi marido, si, señor.
¡El tonto de mi marido!
LUCIANO. ¿Pues qué sucede?
CONS. ¡Es celoso
como un turco!
LUCIANO. ¡Qué importuno!
CONS. Sin haber motivo alguno
para que pierda el reposo.
¡Le soy fiel!
LUCIANO. Ya me hago cargo.
Á la edad de usted, señora,
ni la mujor se enamora,
ni los hombres...
CONS. Sin embargo,
á no portarme yo bien...
Aun conservo algun gracejo;
y en cuanto á mi edad, mas viejo
se murió Matusalen.
Quizá mi salud no goce

la moza de mas pulmon.
Soy de una constitucion...
¡que ni la del año doce!

LUCIANO. ¿La gaditana?

CONS. ¡Si tal!
Paisana y gemela mia;
pero yo soy todavia
mas fuerte... y mas liberal.
Bien lo sabe mi marido.
Ahora se ha hecho poeta.

LUCIANO. ¡Él!

CONS. No gana una peseta
con las musas distraido.
Y acabará por tronar,
pues tanto *inglés* nos abrasa,
que ya parece mi casa
el Peñon de Gibraltar.
Para mas calamidades,
mi buen Meliton tradujo
una comedia: «El Cartujo.»
La hicieron en Novedades;
y un crítico zascandil,
á quién ya sigue la pista,
la puso en una revistia
como hoja de perejil.

LUCIANO. ¿Con que el autor de esa obra
es el buen don Meliton?

CONS. ¿Verdad que tiene razon
para quejarse?

LUCIANO. ¡Le sobra!
¿Y quién osó censurar?...

CONS. Un señor don Juan Palomo.

LUCIANO. Algun periodista romo.

CONS. Pues bien se puede guardar.
Yo me temo un compromiso,
porque si con él tropieza,
le parte en dos la cabeza.

LUCIANO. ¡Diablo! (Agradezco el aviso.)
Pero dejando esto á un lado.
¿Habló usted á la señora
del sotabanco?

CONS. No. Ahora

subiré á verla. ¡Me ha dado
tal pena su afan prolijo!
Un dia me reveló
que ha diez años que marchó
á Puerto Rico su hijo.
Pero la suerte cruel
se ha fijado en esa casa.
El tiempo lento se pasa
sin tener auxilio de él.
Y gracias, si en su dolor
la miseria no le acosa,
á la mano generosa
de su noble protector!

LUCIANO. Usted nunca le habrá dicho
que soy yo...

CONS. Mucho me cuesta
ocultarle quién le presta
su auxilio; pero es capricho
de usted, y aunque no me cuadre
me callo.

LUCIANO. Bien. ¿Y Maria?

CONS. Bendiciendo noche y dia
al protector de su madre!

LUCIANO. ¿En mí cariñosa piensa?

CONS. ¿Cómo no, si sus desgracias
calma usted?

LUCIANO. ¡Dios mio, gracias!
Es mi mejor recompensa. (Conmovido.)

CONS. ¿Llora usted?

LUCIANO. ¡De gozo!

CONS. ¡Pues! (Con malicia.)
Ha tiempo que me hice cargo...

LUCIANO. ¿De qué?

CONS. ¡Yo cazo muy largo!

LUCIANO. ¡Señora!...

CONS. ¡Sé el interés
que en su corazon trabaja
por Maria!

LUCIANO. Juro que...

CONS. ¡Vamos! ¡Declárese usté,
que la chica es una alhaja!
Mientras cien feas estan

chupando de amor la breva,
arriba llora una Eva
sin manzana y sin Adan.
Es preciso que usted venza
sus temores...

LUCIANO. ¡Por favor!
Si ella supiese mi amor,
supondria... ¡Qué vergüenza!

CONS. Repare usted que la injuria.

LUCIANO. Ya hablaremos.

CONS. Convenido.
Lo esencial, y á eso he venido,
es remediar su penuria.

LUCIANO. Tome usted. (Le dá un bolsillo.)

CONS. ¡Si es un caudal!

LUCIANO. ¿Cree usted que me sacrifico?
Estoy demasiado rico.
(Me quedo sin un real.)

CONS. Subo ahora mismo.

LUCIANO. Á Maria
ni una palabra.

CONS. Lo sé.

LUCIANO. Ó con usted reñiré.

CONS. No diré esta boca es mia. (Vá y vuelve.)
Sin descubrir sus intentos
le daré muchas memorias
de usted. (Estoy en mis glorias
cuando zurzo casamientos.)

ESCENA V.

LUCIANO.

Mal el mundo interpretára
en tal casa mi presencia,
y no quiero que la honra
de esa infeliz ande en lenguas.
Aunque apure mi esperanza
aguardaré mejor época;
que es noble mi corazon
aunque es loca mi cabeza.
Ahí viene don Juan. Veamos
cómo evito una quimera.

ESCENA VI.

D. JUAN, LUCIANO.

JUAN. ¿Quiere usted, mi don Luciano,
que arreglemos nuestra cuenta?
LUCIANO. Corriente.
JUAN. Dos meses hace
que doy á usted casa, mesa,
luz, planchado, cama y tinta,
y aun no he visto una peseta.
LUCIANO. Es que... pago por semestres;
como el gobierno la deuda.
JUAN. Pero á mí no me acomoda
recaudar de esa manera.
Varias veces le he pedido
mi haber...
LUCIANO. Y siempre con buenas
razones le he contestado.
JUAN. Es verdad. Usted no suelta
ninguna mala palabra,
no tal, ni buena moneda.
Todavia no me ha dicho
de qué vive... en qué se emplea...
LUCIANO. (Si la verdad le descubro
no me fia.) ¡Bah!—¿De veras?
JUAN. Si, señor.
LUCIANO. Pues fué un descuido.
Yo soy... ¡profesor de lenguas!
JUAN. ¡Es usted hombre científico!
Muy bien. Sea enhorabuena.
¡Soy un verdadero amante
de las ciencias! ¡Oh, las ciencias!
LUCIANO. ¡Hipopótamo!
JUAN. ¿Qué ha dicho?
LUCIANO. Es una palabra griega
formada de hipos, amor,
y pótamos, ciencia.
JUAN. ¡Sea!
Pues por ser tan hipopótamo
como soy, me ocupo apenas

del estado de mi casa;
mas ya corregirme es fuerza.

LUCIANO. ¡Troglodita!

JUAN. Troglo... ¿qué?

LUCIANO. ¡Troglodita! Esta es hebrea.
Troglos expresa abundancia,
y dita, justicia seca;
y se aplica á los que tienen
mucha razon.

JUAN. (¡Qué cabeza!)
Pues en este punto soy
muy troglodita, y quisiera
que opinase usted lo mismo.

LUCIANO. Usté es la imágen perfecta
de un troglodita cabal.

JUAN. Gracias por la deferencia.
Resumiendo. Ó usted me paga
lo que debe hasta la fecha,
ó abandona usted el cuarto
y vá á llamar á otra puerta.

LUCIANO. ¡Pero eso es atroz, inícuo!

JUAN. Pues nadie de aqui me apea.

LUCIANO. ¿Y si ofreciese á usted algo
que, sin ser dinero, pueda
servirle de garantia?...

JUAN. Para que usted se convenza
de que le estimo, me allano
á tal condicion.

LUCIANO. En esas
sillas está mi equipaje.

JUAN. (¡Si realizaré mi idea!)

LUCIANO. (Prefiero esta humillacion
á alejarme de la bella
y desgraciada Maria.)

JUAN. ¡Si no hay mas que ropa vieja!

LUCIANO. Repare usted...

JUAN. Pero en fin,
por terminar la querella
me quedo con este frac.

LUCIANO. ¡Mi frá azul!

JUAN. (¡Forros de seda!)

LUCIANO. Él es mi escudo de armas.

¡Por él me conocen!

JUAN. ¡Ea!
Dicen que al buen pagador
nunca le dolieron prendas.
(Disponiéndose á salir.)

LUCIANO. (Voy á llevar el artículo
á la redaccion.)

JUAN. No vuelva
usted tarde.

LUCIANO. Le suplico
que cuide bien...

JUAN. Nada tema.
Lo trataré como cosa
propia..

LUCIANO. (Entiendo la indirecta.)

ESCENA VII.

D. JUAN.

Ya he logrado mi capricho
de vestirme de etiqueta.
El frac no vale gran cosa;
pero en fin, algo se pesca.
¡Y qué talento tan raro
tiene mi huésped! Las nuevas
palabras que le he aprendido
oirán con la boca abierta
mis amigos.—Hipopótamo
y Troglodita!—¡Soberbias
para aparentar estudios!
Voy á escribirlas; no sea
que á lo mejor las olvide.
¡Soy tan duro de mollera!

ESCENA VIII

PETRA, D. JUAN.

PETRA. ¿Dá usted su permiso?

JUAN. ¿Quién?

PETRA. Beso...

JUAN. Muy señora mia.

Siéntese usted. ¿Á qué debo
el favor de esta visita?

PETRA. ¿Es usted don Juan Palomo?

JUAN. Servidor de usted. (¡Qué linda!)

PETRA. Pues yo soy Petra Torrente,
bautizada en los Servitas
el año treinta, y de estado
honesto por mi desdicha,
Mi papá, que en paz descanse,
fué teniente de Milicias
provinciales. Con su muerte
vino á menos mi familia,
y tuve que resignarme
á ganar por mí la vida.
¿No soy desgraciada?

JUAN. ¡Mucho!
(¡Qué diablos querrá esta chica!)

PETRA. Cierto jóven escribiente
del ramo de Loterias
me hizo el amor, y su rango
me sedujo.—¡Era tan niña!
Continuamente jugaba
al terno en su compañia;
pero nunca hicimos cosa
de provecho: y ¡qué perfidia!
una noche haciendo cábalas
me anunció su despedida,
diciendo que por ser pobre
á Puerto Rico se iba.
¡Y se fué!

JUAN. ¡Bien!... ¿Y á qué debo
el favor de esta visita?

PETRA. Entonces yo trabajaba
con la famosa modista
de la calle de Carretas.
Taller de modas de Irma.
Era de las oficialas,
sin pasion, mas distinguidas,
pues aventajaba á muchas
en los follados de cintas,
y murmuraban celosas
del primor de mi vainica.

JUAN. Lo celebro. (Esta muchacha
parece una taravilla.)
PETRA. Pero un marqués... ¡qué buen mozo!
¡si viera usted qué patillas
y qué ojos! ¡Pobre marqués!
¡Murió de una golosina!
Dios le tenga en gloria.
JUAN. Amen.
PETRA. Pues el tal dió en la manía
de hacerme el amor; y al verme
á sus halagos esquiva,
me hizo maestra en la Fábrica
de cigarros. ¡Con qué finas
atenciones me obsequiaba!
Botas, chanclos, medias, ligas,
vestidos, enaguas, guantes,
mangas, cuellos, papalinas;
en fin, desde la cabeza
hasta los pies me vestia.
¡Yo fuí cediendo, y al cabo
le amé con pasion tan íntima,
que no valió de mi madre
la vigilancia continua,
porque hay galanes que roban
amor por la alcantarilla!
JUAN. ¿Pero querrá usté explicarme
á qué debo esta visita?
PETRA. Precisamente ahora llego
al objeto.
JUAN. (¡Qué polilla!)
PETRA. Sin gran trabajo, mi plaza
en la fábrica servia,
cuando usted creyó oportuno
censurar en sus revistas
la mala elaboracion
de los cigarros Virginia.
JUAN. ¡Yo!!
PETRA. Si tal; y el director,
que con prevencion me mira
por... no lo digo. ¿Á que estoy
como un tomate encendida?
JUAN. No, señora.

PETRA. Pues me puso
en la calle, de patitas.

JUAN. ¿Pero quién ha dicho á usted
que yo me meto en camisa
de once varas? Ya hace tiempo
que no fumo la inmundicia
del estanco. Voy picando
esta mesa, que es de encina
y no envenena.

PETRA. ¿Y se atreve
usted á negar su firma?
Justamente traigo el número
que causó mi cesantía.
(Desdoblando un periódico.)
Lo he comprado en un kiosco
luminoso.

JUAN. ¡Que me frian
si comprendo una palabra!
¿Vé usted esta barandilla?
(Arrancándola de la mesa.)
Pues me la fumo en dos meses.

PETRA. Aquí está la queja inícua.
Sírvase usted repasar
por un instante esas líneas.
(Lee D. Juan.)
Y firmado «Juan Palomo.»

JUAN. Bien. ¿Y qué? ¿No hay por mi dicha
mas Palomos y mas Juanes
que yo?

PETRA. Vaya una salida.
De esta habitacion me han dado
señas cabales y fijas.
Comprendo que usted se turbe
frente á frente de su víctima;
pero todo se remedia
poniendo una gacetilla
que rectifique la queja,
dirigiéndola en justicia
al taller de los cigarros
mistos, vulgo tagarninas.

JUAN. ¡Pero, señora, si yo
nunca he sido periodista!

Si escribo con muchas faltas
de estilo y ortografía,
y no tengo en los periódicos
ninguna persona amiga!

PETRA. Yo remuevo esos obstáculos.

JUAN. ¡Usted!

PETRA. En esa cuartilla
(Dando un papel á D. Juan.)
ha redactado el portero
un suelto que todo explica.
Lo firma usted, y me basta
para hacer que en las satíricas
columnas de «La Culebra»
tenga al instante cabida.

JUAN. ¡Qué lio!

PETRA. Si usted rehusa,
aqui pasaré mis dias
á expensas de usted.

JUAN. ¡Canastos!

PETRA. Es preciso que yo viva
de algun modo.

JUAN. (Bien mirado,
firmar no me perjudica.) (Firma.)
Tome usted.

PETRA. Perfectamente.
En la calle de Sevilla,
número siete, me ofrezco.

JUAN. Mil gracias.

PETRA. Hasta la vista.

ESCENA IX.

D. JUAN.

Algo le falta á esa jóven.
¡Cuidado con la manía!...
En poco estuvo que yo
diera un tropezon. ¡Qué pícaras
son todas estas muchachas!
¡Á no ser mi sangre fria!
Vamos á probar el frac
de don Luciano.—Ni Utrilla

(Mirándose al espejo.)
lo cortára mas perfecto.
¡Si está hecho á mi medida!

ESCENA X.

D. JUAN, D. MELITON.

MELITON. (¡Frá azul! El mismo.—Allí está
mi Zoilo. Y parece viejo.
¡Pues no se mira al espejo!
¡Valiente fátuo!)
JUAN. ¿Quién vá?
MELITON. Soy don Meliton Pulido.
JUAN. (¿Qué buscará este buen hombre?)
MELITON. Creo que al oir mi nombre
sabrá usted á qué he venido.
JUAN. No, señor.—Ni por asomo
adivino sus deseos.
MELITON. Dejémonos de rodeos.
¿No es usté don Juan Palomo?
Responda usted ó le estrujo.
JUAN. (Me temo otro quid pro quo.)
Así me llaman.
MELITON. Pues yo
soy el autor de «El Cartujo;»
de esa comedia que usté
con desenfado ridículo
ha juzgado en un artículo
de teatros.
JUAN. ¡Si no sé
lo que es eso, ni lo quiero
saber!
MELITON. La burla no aguanto.
JUAN. Aseguro á usted que en cuanto
á artículos...
MELITON. ¡Me exaspero!
JUAT. Solo conozco en verdad
los catorce de la fé;
á los artículos de
primera necesidad,
como pan, aceite y vino,

que es de lo que aquí se gasta;
pero de teatros...

MELITON. ¡Basta,
ó cometo un desatino!
Por criticar mi prosodia
le rompo á usted el bautismo,
si no se aviene ahora mismo
á cantar la palinodia.

JUAN. (¡Como lo dice lo hará!)
Lo siento, don Meliton;
pero no sé mas cancion
que el «¡ay, ay, ay, motilá!»

MELITON. Usted logrará que estalle
á la postre mi furor.
Yo, que escribo por amor
á la gaya ciencia...

JUAN. ¡Calle!
¡Es usted por lo que escucho
un... hipopótamo!

MELITON. ¿Eh?
¿Pretende exaltarme usté?

JUAN. ¿Acaso le ofendo?

MELITON. ¡Y mucho!

JUAN. (¡Esta memoria maldita!)
A ofenderle no me atrevo.
La palabra que á usted debo
aplicar, es... troglodita.

MELITON. ¡Silencio! ¡Me ahoga el coraje!

JUAN. No entiende usted por lo visto
de lenguas.

MELITON. Ya no resisto,
señor don Juan, tanto ultraje.

JUAN. No sé por qué usted se apura
con tan raros aspavientos.

MELITON. Quizá ni los rudimentos
sabe de literatura.
¿Qué arte poética inclina
el gusto de usted?

JUAN. Ninguna
leí; pero tengo una
excelente, de cocina.

MELITON. ¿Qué trozos su ingenio pobre

de aquella carta estudió
que Horacio Flaco escribió
á los Pisones?

JUAN. ¡Ni el sobre!

MELITON. ¡Y no es el público sordo
á la voz de este bellaco!

JUAN. Ni ví la de Horacio Flaco,
ni ví la de Horacio Gordo.
Y basta de tonterias,
que ya mi paciencia se harta.
Yo no conozco mas carta
que la célebre de Urias.

MELITON. ¡Y qué nociones tan ciertas
tendrá de idiomas!

JUAN. Si á fé.

MELITON. ¿Qué lenguas prefiere usté?

JUAN. ¿Yo?

MELITON. ¿Las vivas ó las muertas?

JUAN. Las vivas mas refrenadas
suelen ser murmuradoras.
Yo prefiero á todas horas,
las muertas bien estofadas.

MELITON. Es tonto de capirote.

JUAN. ¿Usted como yo no opina?
En cuestiones de cocina
soy un maestro.

MELITON. ¡Hotentote!
Concluyamos, señor mio.
¿Rectifica usted ó no
su opinion?

JUAN. ¡Pero si yo
nada entiendo de este lio!

MELITON. No es usted don Juan Palomo?

JUAN. Si, señor, por mis pecados;
mas juro que esos bocados
ni los guiso, ni los como.

MELITON. Basta.—Volveré á las tres
por la rectificacion.
¡Si no está lista... la Uncion
no ha de alcanzarle!

JUAN. ¡Eso es!

ESCENA XI.

D. JUAN.

¿Pero quién me habrá metido
en semejante pantano?
¿Qué entiendo yo, pobre zote,
de artículos de teatros,
si en los dias de mi vida
he visto mas espectáculos
que corridas de novillos
ó alguna riña de gallos!
¡Y si vuelve, de seguro
me descoyunta ese bárbaro!

ESCENA XII.

D. JUAN, D. ANTONIO.

ANTONIO. ¡Mi buen amigo! (Lo abraza.)
JUAN. ¿Qué es esto?
ANTONIO. Alárgueme usted su mano.
JUAN. Tome usted.
ANTONIO. Gracias.—Ahora
permítame usté otro abrazo.
(Vuelve á abrazarlo.)
JUAN. ¡No tan fuerte, que me ahogo!
ANTONIO. Cuanto tengo, cuanto valgo
ofrezco á usted, señor mio.
JUAN. Caballero... Yo no alcanzo
los motivos que le impulsan...
ANTONIO. Esta mañana he llegado
á Madrid, y lo sé todo.
JUAN. Pues yo nada.
ANTONIO. ¿Á qué ocultarlo?
Usté el protector ha sido
de mi familia, entre tanto
que ausente yo en Puerto Rico
sufrí el rigor de los hados.
JUAN. ¿Pero qué familia es esa?
ANTONIO. La que ocupa el sotabanco
de esta casa.

JUAN. Juro á usted
que jamás subo á ese cuarto.
ANTONIO. Me consta; pero eso mismo
hace mas noble su honrado
proceder.
JUAN. Me alegro mucho.
(Este al menos viene manso.)
ANTONIO. Conozco bien los favores
que usted prodigó magnánimo
á mi familia.—Es inútil
que pretenda usted negarlos.
Los sé por doña Consuelo.
JUAN. ¿Y qué sabe ese espantajo?
Verdad que á veces me piden
algun fósforo ó el *Diario*
de Avisos, ó me preguntan
qué hora es...
ANTONIO. Aun falta algo...
JUAN. Justamente. La otra noche
me pidierron un cacharro;
pero entre buenos vecinos
esto es corriente.
ANTONIO. Su hidalgo
corazon de usted le obliga
á callar; pero es en vano.
Há diez años que en la córte
vivia yo, colocado
de aspirante en loterias,
percibiendo un sueldo escaso.
Aburrido de mi suerte,
y en pos de mejor estado,
me embarqué, y en Puerto Rico
conseguí por un milagro
volver al hogar materno
millonario.
JUAN. ¡Millonario!
ANTONIO. Si, señor; y de improviso,
pues me encontré por ensalmo
universal heredero
de un poderoso mulato,
y traer quise en persona
la noticia de tal caso.

¿Comprende usté, amigo mio?

JUAN. Si tal, mas...

ANTONIO. ¡Venga otro abrazo! (Le abraza.)

JUAN. Basta por Dios. (¡Qué sobones
son estos americanos!)

ANTONIO. Sé que en mi hermana Maria
fijó usted sus ojos castos.

JUA . Mas de una vez; y por cierto
que los suyos son muy guapos.

ANTONIO. Pues cuente usted desde ahora
con mi cariño y su mano.

JUAN. ¡Yo! ¡casarme yo con ella!

ANTONIO. ¡Qué! ¿Recela usted acaso?...

JUAN. Yo no sé si ella me quiere...

ANTONIO. Con delirio.

JUAN. ¿Si? (¡Me escamo!)

ANTONIO. En treinta mil pesos fuertes
la doto.

JUAN. ¿Estaré soñando?

ANTONIO. (Se turba.)

JUAN. Yo pobre y viejo,
jóven ella y con metálico...
(¿Tendrá algun inconveniente
la chica y querrán?... ¡Canastos!)

ANTONIO. Las diferencias de clase
y de edad no son obstáculos
para dos almas que une
la gratitud con sus lazos.
Y despues vendrá el mas fuerte
¡El primer hijo!

JUAN. ¡Dios santo!

ANTONIO. ¡Dan momentos tan felices
los chicos!

JUAN. ¡Tambien dan ratos!...

ANTONIO. Usted tiene muy buen genio,
y ya le veo jugando
al toro con su angelito!
Usted será el toro.

JUAN. ¡Diablo!
Mejor será que haga el nene
de cornudo y yo de Tato!
(Remedando la accion del matador.)

ANTONIO. ¡Magnífico! ¿Lo vé usted
cómo ya se anima? Vamos,
amigo mio.
JUAN. ¿Y adónde?
ANTONIO. Arriba. Á estrechar la mano
de su futura.
JUAN. ¡Imposible!
Si yo no sé...
ANTONIO. (Con severidad.) Vamos claros.
Si usted casarse rehusa
despues de lo que ha pasado,
probará que en sus acciones
le movia un fin... bastardo,
y únicamente en un duelo
quedaré desagraviado.
JUAN. ¿Un duelo?
ANTONIO. ¡Á muerte.
JUAN. Ahora mismo
me doy por muerto. ¡Me caso!
ANTONIO. No esperaba yo otra cosa
de usted, querido cuñado.
JUAN. (Á la fuerza ahorcan y casan!)
ANTONIO. Subamos juntos.
JUAN. Subamos.
Pero antes voy á vestirme
mas decente.
ANTONIO. Yo aqui aguardo.
JUAN. Si señor, vuelvo al momento.
(Á tí me entrego, san Marcos.)
(Entra derecha.)

ESCENA XIII.

ANTONIO.

Parece ser un buen hombre.
Para Maria algo anciano;
pero si casa á su gusto
yo no debo rechazarlo.
¡Ya solo falta mi boda!
¡Petra! Recuerdo adorado!

¡Cómo deseo encontrarla
para unirme en santo lazo!
Y al cabo de tanto tiempo
quizá ni nos conozcamos!

ESCENA XIV.

ANTONIO, PETRA.

PETRA. (¡Cayó mi gozo en un pozo!
¡No es su firma. Aqui le espero!)
ANTONIO. Señorita...
PETRA. ¡Caballero!...
ANTONIO. (¡Esa imágen!...)
PETRA. (¡No es mal mozo!)
ANTONIO. Si á este señor por ventura
busca usted, pronto dá vuelta.
PETRA. Si, señor, vengo resuelta
á comerle la figura.
Con sus marrullas pesadas
de mí no se ha de burlar,
porque soy hija de un par...
ANTONIO. ¿Si?
PETRA. De personas honradas.
ANTONIO. (Me clavó.)
PETRA. Por mas que arguya
su delito se confirma.
ANTONIO. ¿Pues qué?
PETRA. Me ha dado una firma
que resulta no ser suya.
Confieso á usted francamente
que me ha puesto en gran apuro.
ANTONIO. ¿Pero es posible?
PETRA. Lo juro
á fé de Petra Torrente.
ANTONIO. ¡Petra Torrente!
PETRA. ¡Y Caamaño!
ANTONIO. (¡No cabe duda!... ¡Es la misma!)
PETRA. Observo que usted se abisma...
ANTONIO. Si, señora, y... no es extraño.
Tengo de usted las mejores
noticias, por cierto amigo

que en usted cifró... ¿lo digo?
la ilusion de sus amores.

PETRA. ¿Y halló en mí capricho análogo?

ANTONIO. Si en hablar de ello no hay riesgo...

PETRA. No, señor; me gusta el sesgo
que toma nuestro diálogo.

ANTONIO. Si luego me descalabra
quizá un marido máton...

PETRA. Soy doncella; en la acepcion
mas lata de la palabra.

ANTONIO. (¡Bien!) El galan atestigua
que usted no fué indiferente;
pero tenga usted presente
que hablo de una historia antigua.

PETRA. Callo usted... ¿Será el alferez?...
(Signos negativos de Antonio.)
¿El teniente?... ¿El capitan?...
El comandante Juan Pan?

ANTONIO. Ni el coronel Pedro Perez! (Despechado.)
No es militar. (Hoy no duermo.)

PETRA. ¿Fué el abogado fiscal?

ANTONIO. No ha asistido á un tribunal.

PETRA. Ó el médico...

ANTONIO. Ni á un enfermo.

PETRA. ¿Será el pintor?...

ANTONIO. No, señora.

PETRA. Ó el minero...

ANTONIO. (¡Me asesina!)

PETRA. Ó el músico...

ANTONIO. Solo trina
de coraje. (¡Como ahora!)
El alma de usted inquieta
amantes hace y deshace.

PETRA. ¡Infeliz de la que nace
hermosa, dijo un poeta!
¡Mi situacion era crítica,
y en vano por todas partes
busqué un marido en las artes,
las ciencias y la política!
¡Calmé la amante ansiedad
de un demócrata mi amigo;
pero se tomó conmigo

demasiada libertad!
¡Un amante moderado
tomé por conservador,
y en ningun lance mi amor
quedó tan estropeado!
¡Un progresista violento,
cuando mas falta me hacia,
practicaba su teoria
de absoluto retraimiento!
¡Un neo me amó bizarro,
y por una bagatela,
resabiado de su escuela
me tostó con el cigarro!
De union liberal, en fin,
busqué un hombre de paciencia;
¡y á la primer disidencia
hubo las de san Quintin!
Hoy ya, de buscar marido
la sola idea me exalta.
¡Y aun dirán que nunca falta
para un roto un descosido!

ANTONIO. Entre tantos amadores
no está mi amigo, y me amarga,
porque es la lista mas larga
que una lista de electores.
¡No toque usted mas registros!
¿Á quién mas rendidamente
amó usted?

PETRA. ¡Á un presidente
del Consejo de Ministros!

ANTONIO. (¡Zambomba!)

PETRA. ¡Qué alegres dias...
¿Alude usted á ese amante?

ANTONIO. No señora. Á un aspirante
del ramo de Loterias.

PETRA. ¡Vaya! ¡Antoñito Viluma!

ANTONIO. Si.

PETRA. ¡Valiente zampabollos!

ANTONIO. (¡Qué dice!)

PETRA. Fué amor de pollo...,
de pollos de poca pluma.
¡Por pasatiempo sencillo,

del balcon entre las lonas
admití sus cucamonas;
pero amarle!... ¡Pobrecillo!

ANTONIO. Pues él tiene pruebas hartas (Amostazado.)
de aquel amoroso trato.
Yo he visto un rizo, un retrato
y una balija de cartas.
El pobre se consolaba
contándome su secretos.

PETRA. ¡Qué pollos tan indiscretos!
¡Se le caeria la baba!...

ANTONIO. No, señora.

PETRA. ¡Hombres aleves!
Por fortuna quiso Dios
que no hubiese entre los dos
ni un lance del otro jueves.

ANTONIO. Ninguno sé original
de ese dia.

PETRA. ¡Ni de martes,
ni viernes!

ANTONIO. Vamos por partes...

PETRA. Juro á usted por mi decoro
que fué y será mi juguete,
aunque vuelva aquel pobrete
de Ultramar nadando en oro.

ANTONIO. (¡Bueno es saberlo!)

PETRA. No irá (Muy sofocada.)
conmigo al tálamo él;
porque no se hizo la miel
para la boca del...

ANTONIO. ¡Ya!

PETRA. ¿Qué dirá usted, caballero,
de mi fama?

ANTONIO. ¡Por favor!

PETRA. (Un desmayo es de rigor.)
¡Agua! ¡agua! ¡Yo me muero!
(Se deja caer en los brazos de Antonio que la coloca en un sillon.)

ESCENA XV.

PETRA, ANTONIO, luego D. JUAN.

ANTONIO. ¡Se ha desmayado!—¡Vecino!
¡Vecino!
JUAN. ¡Ya estoy en regla!
ANTONIO. ¡Ayúdeme usted!—¡Al punto
vinagre!
JUAN. ¡La cigarrera!
¿Pues qué ha ocurrido?
ANTONIO. Esta jóven
viene á pedir á usted cuenta
de no sé qué firma falsa
que le ha dado.
JUAN. ¿Yo? ¡Embustera!
ANTONIO. ¿Pero trae usté el vinagre?
JUAN. ¡Para que vuelva á su tema!
No tal.—Mejor es marcharnos.
Dejar la ventana abierta,
y con el viento que corre
al instante se serena.
PETRA. ¡Asesino!
(Se levanta de repente y sujeta por una mano á D. Juan.)
ANTONIO. (¡Era una farsa!)
JUAN. ¡Me rompe usted la muñeca!
PETRA. ¡Asi no escribiera usted
mas artículos con ella!
ANTONIO. ¿Conque es usted literato?
JUAN. ¡Si! ¡Literato por fuerza!
PETRA. ¡Esta firma no es su firma!

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA CONSUELO.

CONS. ¿Pero qué tardanza es esta?
¡Arriba estan las señoras
impacientes!
PETRA. ¡Pues que tengan

mas calma, que aqui está otra
señora!

CONS. (¡Valiente... prenda!)

JUAN. ¡Cómo salir de este lio!

ANTONIO. Bueno será que usted vuelva
á decirles que al instante
subimos juntos á verlas.

MELITON. ¡Don Juan! ¡Don Juan! (Dentro.)

CONS. ¡Mi marido!!

JUAN. ¡El autor!—¡Ahora me pela!

CONS. ¡Escóndame usted!

JUAN. ¿Soy yo
contrabandista?

PETRA. (¡La vieja!...)

CONS. ¡Es celoso como un turco!

JUAN. ¿Y á mí qué?

CONS. ¡Dios me proteja!
(Se oculta detrás de D. Juan.)

ESCENA XVII.

DICHOS, D. MELITON.

MELITON. ¿Tiene usted listo mi asunto?

JUAN. Yo... pues...

MELITON. ¿Qué tapada es esa?
¡Mi mujer!!

PETRA. (¡Aqui fué Troya!)

CONS. ¡Meliton!

MELITON. ¡Ten esa lengua!
No te bastaba insultarme (Á D. Juan.)
en público...

JUAN. (¡Me tutea!)

MELITON. ¡Sino que tambien querias
anexionarte á mi bella
mujer! ¡Á mi octava musa!!

PETRA. Ese hombre es una culebra.

JUAN. ¡Deslenguada!

CONS. ¿Usted qué sabe?

ANTONIO. ¡Por Dios, señores, prudencia!
Mi amigo es un hombre honrado.

CONS. ¡Y yo una mujer honesta!

JUAN. ¡No habrá quien me pegue un tiro!
MELITON. Si confirmo mis sospechas,
nos batiremos.
JUAN. ¡Corriente!
MELITON. ¡Á sable!
JUAN. ¡Á lo que usted quiera!
Lo que deseo es morir (Exaltándose.)
de cualquier modo que sea.
Lo mismo me dá á pedradas,
como murió san Esteban,
ó asado, á lo san Lorenzo!
¡Se me acabó la paciencia!!
MELITON. Está bien; mas por si acaso
muere usted en la refriega,
quiero que deje usté escrita
la retractacion.
JUAN. ¡Aprieta!
PETRA. ¡Y la mia!
JUAN. ¿Ustedes quieren
volverme loco? ¡Pues ea!
¡Ladrones!... ¡Fuego!... ¡La guardia!
TODOS. ¡Calle usted!
JUAN. ¡Que me saquean!

ESCENA XVIII.

DICHOS, LUCIANO.

LUCIANO. ¡Qué ruido es este, señores!
JUAN. ¡Á qué buen tiempo usted llega!
el señor escribe dramas;
la señora es cigarrera,
y...
LUCIANO. Basta. Ya sé el motivo.
Yo satisfaré sus quejas.
JUAN. ¿Será posible?
LUCIANO. Yo soy
por quien ustedes pelean.
Juan Palomo es mi seudónimo.
JUAN. (¡Si será tambien hebrea
esa palabra!)
LUCIANO. Mañana

se arreglará esta contienda.

JUAN. Pues con permiso de ustedes
me despido.

ANTONIO. Tiempo era.
¿Sube usted, doña Consuelo?

MELITON. ¿Adónde?

CONS. ¿Y el novio queda?

ANTONIO. ¿Pues no es don Juan el vecino?

JUAN. ¡Ahora salimos con esas!

CONS. ¡Si hablé á usted de don Luciano!

ANTONIO. Dispense usted mi torpeza. (Á Luciano.)

MELITON. ¿Pero tú con cuántos corres?

CONS. ¡Calla!

ANTONIO. En justa recompensa
vengo á ofrecerle la mano
de mi hermana.

LUCIANO. (Á Doña Consuelo.) ¡Qué indirecta!

ANTONIO. ¿La acepta usted?

LUCIANO. ¡Con el alma!

ANTONIO. Subamos, pues.

LUCIANO. ¡Mala pécora! (Á D. Juan.)
¡Usted quiso suplantarme!

JUAN. ¡Hoy me cuelgo de una cuerda!
¿No le he dicho á usted que yo?...
(Á Luciano.)

ANTONIO. Si. Mia es la culpa entera.
Meliton, doña Consuelo,
subamos ya.—Y usted, Petra,
y don Juan, cuenten conmigo
en Europa y en América.
Me llamo Antonio Viluma.

PETRA. (¡Mi antiguo novio!)

ANTONIO. ¡Coqueta! (Ap. á Petra.)

JUAN. Dios dé á usted muchos doblones.

ANTONIO. (Y á tí juicio.) (Á Petra.)

PETRA. (¡Qué vergüenza!)

ESCENA ÚLTIMA.

PETRA, D. JUAN.

JUAN. ¡Se van ya! ¡Gracias á Dios!